

El lector, el novelista, el crítico

Miguel Ángel Manrique Ochoa
Docente
Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central

Un lector es producto de una situación que le es propicia. La queja de que no hay lectores no hay que buscarla, entonces, en las personas, sino en el campo educativo y cultural.

I

Muchas de las personas dedicadas a la literatura en este país debemos la formación a instituciones más o menos parecidas a la escuela de la aldea del cuento “Una hora de literatura”¹ de Baldomero Sanín Cano y a profesores pacientes como el señor Penagos. El profesor, durante la clase de literatura, pregunta a sus estudiantes: ¿Quién escribió “La Perrilla”? Dos estudiantes manifiestan que no saben y, finalmente, un tercer niño responde llorando que él no ha sido. Así como el profesor del cuento podría preguntar quiénes escribieron las novelas *Cola de zorro*, *Bitácora del dragón* o *Iménez* y una posible respuesta sería: no sé. El lector de novelas, sin embargo, no tiene porqué saber los nombres de todos los autores colombianos ni tampoco tiene porqué leer todas las novelas que estos publican. Como lector podría estar más interesado en leer literatura inglesa o mexicana, o en leer libros de autoayuda que novelas colombianas. Así pues, no hay que llorar cuando se nos pregunta, por ejemplo, quién escribió *La risa del cuervo*. Supongo que en

Colombia algunos novelistas se han dedicado a escribir para recibir los elogios de los críticos de la academia, otros no publican dentro del país, y el resto intenta divertir a un público de lectores colombianos.

Es importante resaltar que hoy se producen libros en Colombia, y en el resto del mundo como se producían hace un siglo, en Estados Unidos, los modelos T de Henry Ford. Ya que no exportamos maquinaria ni autos, ofrecemos deportistas, cantantes, putas, café, coca y literatura: somos un país que ha desarrollado una rentable industria del ocio. Esto indica que si en desarrollo tecnológico Colombia ha sido y es incompetente, en productos culturales estamos dando ejemplo. En este ensayo propongo discutir algunas ideas: i) la excluyente clasificación de los lectores entre ingenuos y críticos, parte en la que haré énfasis en el lector de novelas, ii) el fenómeno de la novela colombiana actual, iii) la función de la crítica literaria y iv) señalaré algunos resultados de una encuesta realizada a un grupo de estudiantes de literatura de cinco universidades bogotanas:

¹ Baldomero SANIN CANO. *Ensayos*. Bogotá: Biblioteca popular de cultura colombiana, 1942, pp. 154-6.

la muestra se obtuvo entre los estudiantes de la carrera de literatura de la Universidad Nacional y la Universidad de los Andes, entre los estudiantes de la Maestría en literatura de la Universidad Javeriana y el Instituto Caro y Cuervo y entre los estudiantes del Diplomado en Creación literaria de la Universidad Central.²

2

¿Aún no habéis leído el *Finnegans Wake*?

¡Golilla Ledra vera a derecho y Golilla Godo vera a siniestro! ¡Pero qué caneco! ¡Pero que vergao! Cómo alcazaba la cabeza tan alta como cabeza, el gran de yerro de uca a lion, con una renga regia encima como un camata ratas andante. Y su deje de derry y su corkney perora y su double tartaja y su calawaymetías.

JAMES JOYCE, “Ana Livia Plurabelle”³

Este fragmento pertenece al libro de James Joyce, *Finnegans Wake*, traducido al español por Francisco García, Ricardo Navarrete y José María Tejedor. Como podrán advertir, cuesta trabajo desentrañar el sentido, saber con claridad qué dice el párrafo citado. O Joyce era un idealista y esperaba que en doscientos años, no menos, la sociedad se transformara, y aparecieran esos lectores ideales con insomnio ideal que se encargaran de disfrutar su libro, o Joyce era un aristócrata y escribió esta obra para un grupo especializado de lectores, los críticos. Voy a suponer que Joyce fue un idealista romántico, antes que un miembro de la nobleza literaria, que esperaba divertir a un público más amplio.

Algo así como un escritor comprometido socialmente con causas perdidas. Escribió *Finnegans Wake* soñando con la posibilidad de que lo leyera un obrero ocioso, sabiendo que para que ese lector existiera tendrían que cambiar sus condiciones de vida. Es decir, que hubiera recibido una formación familiar y escolar en el goce por la dificultad. Pero esta suposición dista de ser real. Un lector es producto de una situación que le es propicia. La queja de que no hay lectores no hay que buscarla, entonces, en las personas, sino en el campo educativo y cultural. La presencia o ausencia de lectores en una sociedad es una contradicción del propio campo de la lectura, que está construido más en función de la gente que tiene tiempo que de las personas ocupadas. Supuse, al realizar la encuesta, que quienes estudian literatura hacen parte de ese grupo de ociosos privilegiados que dedican un tiempo a la lectura de libros. En la encuesta realizada, el 83 por ciento de los estudiantes afirma que lee libros diariamente, el 49 por ciento se consideran buenos lectores y el 96 por ciento afirma que lo hacen por placer. Quizás aquí no hay sorpresas porque estamos hablando de personas cuyo trabajo requiere la lectura y el disfrute frecuente de los libros. Quizás es muy importante que la formación literaria implique una mayor apertura sobre lo que significa la lectura de libros en el país. ¿Qué se podrá afirmar de aquellos lectores que pertenecen a otros campos del conocimiento y que leen motivados por otras razones? Ahora bien, ¿es sensato decir que estos lectores, estudiantes de literatura, son más

² Debo agradecer a las siguientes personas su valiosa colaboración en la realización de la encuesta: al doctor Mario BOTERO de la Universidad Nacional, a Claudia MUNAR, coordinadora de la carrera de Literatura de la Universidad de los Andes y a la profesora Piedad BONNETT, de la misma Universidad, al profesor Cristo FIGUEROA, director de la Maestría en Literatura de la Universidad Javeriana, al profesor Pedro LÓPEZ, decano del seminario Andrés Bello del Instituto Caro y Cuervo y a Oscar GODOY, coordinador del Departamento de Humanidades y Letras de la Universidad Central. Así mismo, quiero agradecer a Luis NORIEGA por sus valiosas sugerencias, a Johanna NOSSA por su paciencia en la digitación de los resultados y al profesor Fernando MANRIQUE por su asesoría en estadística. Cualquier error del presente texto es responsabilidad de su autor.

³ James JOYCE. *Finnegans Wake*. I, viii. Madrid: Cátedra, 1992, p. 141.

competentes para comprender novelas que, por ejemplo, los estudiantes de ingeniería? ¿Es un lector ingenuo un estudiante de sistemas que lee con devoción *El alquimista*, es mejor lector acaso un estudiante de literatura que se deleita con *Fragments de amor furtivo*? ¿Cuál de estos libros es mejor?

Un lector no se define por su profesión. Son lectores los niños que leen *Harry Potter*, los médicos que disfrutan de *Alexandros*, los abogados que leen *El club Dante*, las amas de casa que leen *Amor, divina locura* y los literatos que leen *Q*. Así que, a pesar de que las circunstancias culturales, económicas y sociales no son propicias para que muchos de estos lectores lean más libros y, además, haya más lectores, la lectura sigue siendo una actividad democrática. Pienso que para leer no es necesario saber de historia literaria ni menos de teoría literaria. Basta que un libro nos haga pasar bien el rato para agradecerle a su autor el haberlo escrito. Ahora bien, hay lectores que tienen tiempo para dedicarse a descubrir cómo fue que una novela lo sorprendió desprevenido y no supo cómo el asesino fue el narrador y no el mayordomo como lo suponía. Quizás este sea un lector más crítico que el lector preocupado por los contenidos, el lector semántico, que abusa de sus saberes para interpretar los libros como le vienen en gana y crear la falacia de que es mejor lector.

Por lo tanto, estoy en desacuerdo con la idea que hizo su curso durante muchos años en la academia: la diferencia entre lectores ingenuos y lectores competentes, sostenida, además, por prestigiosos escritores. Total, una maraña de posiciones elitistas y ridículamente aristocráticas. Es fácil hablar de los malos lectores cuando hemos tenido el privilegio de una educación que nos formó como lectores, es fácil criticar a los niños o a los jóvenes que no gozan de nues-

tra misma situación. Llegar a comprender textos normalmente escritos ya es un logro, pedir, además que entendamos *Finnegans Wake* es una osadía hipercultista, y el hipercultismo, es digno de sacerdotes.

Para William Ospina:

Formar lectores es mucho más que transmitir una técnica: es algo que tiene que ver con el principio del placer, con las libertades de la imaginación, con la magia de ver convertidas en relatos bien narrados y en reflexiones nítidas muchas cosas que vagamente adivinábamos o intuíamos, con la alegría de sentir que ingresan en nuestra vida personajes inolvidables, historias memorables y mundos sorprendentes.⁴

Infiero de la cita de Ospina ese optimismo que he percibido en reflexiones sobre la lectura como las de Estanislao Zuleta quien en un famoso escrito también hizo alusión al placer y a la imaginación que producen los libros.⁵ Estoy de acuerdo con la idea de la lectura como fuente de entretenimiento y gozo, sin embargo, creo que, ni Ospina ni Zuleta, tienen en cuenta que tanto el lector como el estudiante son producto de sus circunstancias sociales, y que en el mundo de los libros también prosperan las posiciones y los gustos dominantes. ¿Cómo exigir a un estudiante que disfrute de la magia verbal de *El proceso* o que se deleite escuchando la música secreta del *Quijote*, cuando dicho estudiante no lleva incorporado dentro de su *habitus* cultural este tipo de libros? ¿Qué sucede cuando los estudiantes hablan a sus profesores de libros como *No nacimos pa' semilla*, *El caballero de la armadura oxidada* o *Yo visité Ganimedes*? ¿Podemos criticarlos porque dentro de su canon literario personal prefieren *Papillon* a *María* o *Caballo de Troya* a *En busca del tiempo perdido*?

⁴ William OSPINA. "Lo que entregan los libros" en *La bebida en la piel de la diosa*. Bogotá: Aguilar, 2003, p.196.

⁵ Estanislao ZULETA. "Sobre la lectura" en *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva*. Bogotá: Procultura, pp. 81-102.

Pienso que al profesor le repugna el gusto literario de sus estudiantes sencillamente porque gustan de otros libros. “Puede que sea muy entretenido discutir un defecto, pero también te puede llevar a olvidar el placer de la lectura”⁶, afirma Ian Jack.

Aquí cabe resaltar una idea muy en boga entre nuevos círculos de personas dedicadas a desmitificar una serie de ilusiones que han convertido el mundo literario en Colombia en un espacio cerrado, elitista y excluyente. El canon, por paradójico que parezca, atenta contra el gusto. Si preguntan a un lector de quince años ¿qué le parece *María*? Dirá quizás que es un melodrama pesado y aburrido, y que el amor entre los personajes es bastante cursi. Un lector, un buen lector, diría yo, se forma con buenos, malos y hasta pésimos libros, y es probable que le gusten mucho estos últimos. “¿Pero qué me dices, se pregunta Michael Blowhard, de todos los libros *pésimos* que a uno le han gustado? ¿Qué me dices de todos los libros *para tirar a la basura* con los que uno ha pasado un rato estupendo? ¿Qué me dices de los libros que uno *nunca termina* pero que

disfruta? Todo esto también forma parte de una rica vida de lectura y escritura.”⁷

Blowhard me hace pensar en lo extraña y absurda que es la cultura de libros en Colombia, la mayoría de los críticos “cultos” dicen haber leído a los clásicos, adoran a Proust, Mann, Kafka y a otro montón de viejos buenos escritores, pero se espantan con Stephen King, John Grisham, Paulo Coelho y títulos como *El Club Dante*, *El código da Vinci* o *El alquimista* les causan problemas a su gusto que definen como refinado. Estoy de acuerdo con la opinión de Blowhard quien afirma que mientras la gente que va a cine o la que disfruta de la comida, se divierte y trata de pasarla bien, de ser feliz, a la gente de los libros lo que le gusta son “sus propios estándares y sus fantasías sobre cómo debería ser la literatura”⁸, y le amargan las opiniones que están en contra de su dogmas. Otra de las grandes verdades de Blowhard afirma que la gente que ignora cómo es el mundo apestoso de los libros piensa “que leer y escribir son asuntos épicos de genios luchando por elevarse sobre las degradaciones de la vida cotidiana.”⁹

.....

La lectura es un hábito que se adquiere durante el proceso educativo. Las quejas habituales, no obstante, son que se lee poco y mal y, además de esto, se clasifica a los pobres lectores en ingenuos y críticos, como si para formarse como lector hubiera que leer previamente *Lector in fabula* o estudiar teoría e historia literarias.

.....

⁶ Ian JACK, “Presentación” en *Los jóvenes novelistas británicos 2003*. Granta en español. Barcelona: Emecé, 2003, p. 7.

⁷ Michael BLOWHARD. “Gente de libros, gente de cine” en revista *El malpensante*, Bogotá N° 54, mayo 1 - junio 15 2004, p. 25.

⁸ BLOWHARD, p. 24.

⁹ BLOWHARD, p. 22.

No es que todos los *best sellers* sean malos libros, lo que sucede es que cierta aristocracia de la cultura los considera *a priori* ilegibles. Tomás Carrasquilla decía que “una obra es buena o mala, según el lector.”¹⁰ En verdad, se puede sentir placer y hacer volar nuestra imaginación, si de hacerla volar se trata, con cualquier libro que nos guste y por más malo que le parezca al noble lector. Pero sucede, como en toda sociedad, que también la nobleza decae y desaparece. Creo que en Colombia, en Bogotá y en otras ciudades donde las montañas no dejan ver el horizonte, existe aún esa rancia actitud conservadora por la que cierto grupo de intelectuales considera ciertos libros como legítimos de ser leídos, estudiados y criticados, e ignora otro montón de saludables lecturas.

La lectura es un hábito que se adquiere durante el proceso educativo. Las quejas habituales, no obstante, son que se lee poco y mal y, además de esto, se clasifica a los pobres lectores en ingenuos y críticos, como si para formarse como lector hubiera que leer previamente *Lector in fabula* o estudiar teoría e historia literarias. La lectura es “producto de condiciones sociales”. Por tanto, no sólo significa la comprensión de unos discursos sobre los que desarrollamos un gusto especial, sino la comprensión de estos discursos ajustados a nuestra situación social y cultural¹¹. Para leer se requiere de tiempo, de desocupación, de ocio, de paciencia, y no todas las personas disponen de estos privilegios. Considerada como una actividad inútil e improductiva, a cambio de incentivos económicos, la lectura proporciona a los lectores diversión y emociones subjetivas.

Así, pues, no es tan sencillo evaluar la lectura. Una buena o una mala lectura, un buen o mal lector, dependen de su herencia y de su

formación. Que la lectura es interpretación y trabajo son cuestiones discutidas por los filósofos y los teóricos desde hace poco más de dos mil años. Pero llegar a interpretar, a trabajar sobre los libros, implica estudio y en una sociedad jerarquizada es antidemocrático pensar que todos tenemos tiempo para esta actividad. Los que se dedican a este oficio no tienen de qué preocuparse, se les paga por ello. Piensen nomás en la labor de los profesores universitarios, los editores, los críticos, los traductores, etc. Así pues, la lectura juiciosa, inteligente y divertida es una labor excluyente y elitista. “Estaría bien comprar libros buenos, dice Arthur Schopenhauer, si se pudiera comprar a la vez tiempo para leerlos”¹². ¿Será por eso que abundan en nuestros tiempos los cursos de lectura rápida? Sin embargo, leer novelas es apenas una de las posibilidades de entretenimiento que tienen los lectores. Leer y entender otros libros es tanto o más importante que tratar de comprender *Finnegans Wake*, sin que por ello tengamos que pisotear por desconocimiento el gusto de los lectores por leer lo que desean.

3

Madame Bovary no existe, Rosario Tijeras tampoco

Se le vinieron a la mente los protagonistas de todos los libros que había leído y toda aquella poética legión de mujeres adúlteras se puso a entonar en su memoria un cántico de voces hermanas que la fascinaban. Ella también formaba parte real de aquellas criaturas de ficción y cumplía el largo sueño acariciado en su juventud, integrada a aquella raza de enamoradas que siempre habían despertado su envidia. Experimentaba, además, el sentimiento de la

¹⁰ Vicente PÉREZ SILVA. *Tomás Carrasquilla autobiográfico y polémico*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1991, p. 54.

¹¹ Pierre BOURDIEU. *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo, 2000, p. 121.

¹² Artur SCHOPENHAUER. *La lectura, los libros y otros ensayos*. Madrid: Edaf, 1997, p. 175.

revancha. ¡Ya estaba bien de sufrir! Ya había llegado la hora del triunfo, y ahora el amor, durante tanto tiempo reprimido, estallaba en toda su plenitud, a borbotones gloriosos. Lo saboreaba sin remordimiento alguno, sin miedo ni angustia.

GUSTAVE FLAUBERT, *Madame Bovary*¹³

Quizás valga la pena recordar aquí parte de la respuesta que José Eustasio Rivera daba a un periodista de *El Tiempo* en el año de 1926 a propósito del movimiento literario de su época. “¿Qué opina usted del movimiento literario actual?”, le preguntó el periódico al escritor. Rivera respondió: “No creo que los movimientos literarios actuales sean inferiores a los de ninguna época, descartando naturalmente el que en generaciones pasadas hubo hombres verdaderamente descollantes que, la mayor parte de las veces, son productos rarísimos de civilización y de cultura.”¹⁴ Si creemos a Rivera, el movimiento literario colombiano actual no es más ni menos que un fenómeno cultural y social que se ha presentado a lo largo de la historia de la literatura en muchos países del mundo. Quizás la novedad es que, desde el punto de vista de la producción narrativa, Colombia pasó de publicar hitos solitarios, *María, De sobremesa, La Vorágine, Cien años de soledad*, a producir novelas en serie. Recordemos el movimiento literario de la segunda mitad del siglo XX, fecundo no sólo en narradores sino en novelas. Detengámonos también en el momento actual que, aunque no ha producido aun figuras “verdaderamente descollantes”, ha enriquecido el campo de la literatura colombiana permitiendo su renovación. Sin embargo, los grandes nombres de la literatura se forman

“según las leyes de la psicología de masas. No se basa en la fuerza universal de una idea o un destino conmovedor, sino que es rumor que vive y crece con lo que va de boca en boca.”¹⁵

Tomás Carrasquilla, algunos años después que Rivera, planteó con ánimo pesimista que, a pesar de la profusión de novelistas en su época, notaba “una decadencia en la novela como género literario, en Colombia”. Afirmaba también que el interés de la gente por la lectura de novelas decaía conforme se iba civilizando el país. Conjeturaba que a causa de las múltiples ocupaciones los jóvenes carecían del tiempo para leer novelas. Finalmente, concluía diciendo que no valía la pena escribir, que los que se dedicaban a eso lo hacían “por vicio o por deporte o por deseos de gloria, porque la literatura no produce. Para ganarse uno mil pesos con una novela necesita trabajar un año seguido y cualquier pulpero puede ganarse esa suma en un mes.”¹⁶

Recordemos que hacia la década de los treinta comienzan a desarrollarse las ciudades en Colombia, aparecen los medios de comunicación y se importan los primeros automóviles. Carrasquilla, como hombre de su época, advirtió los signos de civilización del país y los contrastó, no sólo con “una decadencia” del género novelesco sino con una reducción del ocio y la desocupación, necesarios para producir literatura. Pasados los años nos hemos dado cuenta de la profusión de este famoso género de entretenimiento en Colombia. La novela, afirmó don Curcio Altamar, “nació como empresa de entretenimiento, como suave recurso para matar el desgano y el aburrimiento, y tuvo como propósito y motivo principal la distracción y el recreo de un público que sabía

¹³ Gustave FLAUBERT. *Madame Bovary*. Traducción de Carmen Martín Gaité. Bogotá: Oveja Negra, p. 187.

¹⁴ Montserrat ORDOÑEZ (Comp.) “Una hora con José Eustasio Rivera” en *La Vorágine: textos críticos*. Bogotá: Alianza Editorial Colombiana, 1987, p. 22.

¹⁵ Walter MUSCHG. *Historia trágica de la literatura*. México: FCE, 1977, p. 661.

¹⁶ PÉREZ SILVA, p. 53-4.

.....

La crítica literaria se produce en esas congregaciones religiosas llamadas departamentos de literatura y que pueden estar establecidas en Birmingham, Boston, New York, París, Medellín o Bogotá. Que sus miembros se dedican a consagrar, visible o invisiblemente, ciertos objetos llamados libros, mediante lecturas canónicas y legítimas o, por el contrario, a condenar componiendo comentarios ruinosos.

.....

leer”¹⁷. La diversión, es pues, una de las razones legítimas que aún deberían prevalecer en la mente de todo lector de novelas y de otros libros.

Pero ninguna novela nos hace más sabios ni mejores personas, tan sólo nos permite pasarla bien, tan bien como se la puede pasar uno jugando al fútbol o viendo una divertida comedia por televisión. La pretensión de mostrar que la literatura, así nos guste, es mejor que otro tipo de diversiones carece de todo fundamento. Además, porque un lector no sólo vive de leer novelas, existen también los libros de historia, de economía, de política, de biología y de otros temas, que merecen un lugar en la desocupada vida del lector.

En la encuesta realizada a un grupo de estudiantes de literatura se les preguntó sobre los narradores colombianos de su preferencia. Parece inevitable, el 66 por ciento de los estudiantes encuestados prefiere a Gabriel García Márquez, el 70 por ciento afirma haber leído *Cien años de soledad* y recuerdan los nombres de algunos de sus personajes, el 50 por ciento afirma además que es la novela que más le gusta y el 45 por ciento sigue considerando a Aureliano

Buendía como el personaje de la literatura colombiana por excelencia. Así las cosas, el viejo patriarca de la novela colombiana contemporánea sigue habitando en la conciencia de muchos lectores y, para mal o para bien de las letras nacionales, pareciera que las propuestas de la nueva narrativa aun no superan a las del maestro.

La presencia del héroe novelesco es un fenómeno reciente en la literatura colombiana.¹⁸ Al parecer, las grandes novelas siempre presentan o, grandes temas, o grandes personajes. Algunos antiguos cronistas, por ejemplo, vieron en el conquistador la extraña encarnación del caballero medieval. Los indígenas, en cambio, no fueron vistos como héroes sino como una clase dominada y vencida. La figura del pícaro presente en la literatura folletinesca europea también era extraña en América por la recién abundancia descubierta, sin embargo, no tardarían en surgir los conflictos de la vida cotidiana, fuente, de inspiración para algunos escritores para ponerse a componer sobre los “temas inmediatos de la vida social”¹⁹, justificando así la aparición de folletines, periódicos y novelas costumbristas en el mundo colonial.

¹⁷ CURCIO ALTAMAR. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto colombiano de cultura, 1975, p. 27.

¹⁸ Ya CURCIO ALTAMAR encuentra “elementos novelescos” en la poesía del conquistador andaluz Juan de CASTELLANOS, cronista del nuevo Reino de Granada y en las crónicas costumbristas del santafereño Juan Rodríguez FREILE. (p. 36).

¹⁹ Cf. Rafael GUTIÉRREZ GIRARDOT. *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Cave Canem, 1989, p. 75.

Así, pues, las primeras novelas colombianas, alejadas de las incidencias de la conquista y la colonia, pero todavía influenciadas por la literatura europea, cumplen apenas un siglo y medio de haber sido publicadas.²⁰ Desde esos momentos hasta nuestros días son muchas las toneladas de papel y los litros de tinta que se acumulan en las bibliotecas, pero ni grandes temas ni personajes memorables, salvo las excepciones que cada lector conserva para sí.

Todos los que hemos leído *María* recordamos con cariño o con estupor a sus idílicos personajes. Muchos vimos desaparecer a Arturo Cova devorado por la selva. Algunos fuimos testigos de trasplantada decadencia de José Fernández y también de la vida y muerte del coronel Aureliano Buendía. Sin embargo, pocos de ellos alcanzan la plenitud de Don Quijote. Arturo Cova fue el segundo personaje importante de la literatura colombiana elegido por el 16 por ciento de los estudiantes encuestados y Rosario Tijeras, ocupó el tercer lugar, elegida por el 14 por ciento. Muchas de las novelas colombianas publicadas en la actualidad se deben más a la fuerza de sus personajes que al estilo de su narrativa. Me llama la atención uno de los nuevos personajes de las novelas contemporáneas colombianas que han ingresado al panteón. Se trata de la protagonista de *Rosario Tijeras*. Dentro del corpus de novelas actuales, el 26 por ciento de los estudiantes encuestados la eligió como su novela preferida. No puedo, sin embargo, asegurar qué es lo que gusta o disgusta al público de novelas colombianas y me gusta más la idea democrática de que cada cual lea lo que le provoque. Lo que muestra la encuesta realizada es que, al menos dentro de ciertos grupos, es baja la fre-

cuencia de lectura de novelas colombianas al parecer porque se prefieren literaturas de otros países.

Tal vez lo mejor es que vayan ustedes mismos a los libros e intenten construir su propio canon personal. Quizás encuentren aquellos elementos de fruición que, como los amantes de las baladas de consumo, permitan una lectura amable y divertida. Entre los estudiantes de literatura encuestados, los elementos que deberían destacar una novela son el lenguaje (28 por ciento), los personajes (21 por ciento), el estilo (17 por ciento) y la estructura (17 por ciento). Considerando, además, que si el 49 por ciento de los encuestados piensa que el oficio del novelista es un arte, es probable que los escritores colombianos tengan todavía mucho trabajo por hacer.

4

¿Quién le teme a Northrop Frye?

Un crítico puede dedicar una tesis, un libro o incluso el trabajo de toda una vida a algo que él sabe que es de tercera categoría, simplemente porque está vinculado con otra cosa que le parece lo suficientemente importante como para merecer tanto esfuerzo. No conozco ninguna teoría crítica que tome realmente en cuenta los distintos sistemas de evaluación implícitos en una de las prácticas más comunes de la crítica.

NORTHROP FRYE, *Anatomía de la crítica*²¹

Hay un libro que se publicó en español en 1996 que sugiero a aquellos lectores que deseen enterarse de la vida tan espantosa que suelen tener las congregaciones de críticos literarios de Inglaterra y Estados Unidos. Se trata de *El*

²⁰ El desconocido autor cartagenero Juan José NIETO (1804-1866) escribió dos novelas históricas: *Los moriscos* (1845) e *Ingermina o la hija de Calamar* (1844).

²¹ Northrop FRYE. *Anatomía de la crítica*. Caracas: Monte Avila, 1977, pp. 47-8.

*mundo es un pañuelo*²² del escritor inglés David Lodge. Se narran en ella las aventuras eróticas e intelectuales iniciadas en el 68²³ entre profesores de departamentos de literatura de ciertas universidades prestigiosas del mundo.

“Pregunta: ¿quiénes ocupan el lugar de los *guachimanes* en la literatura? Pues los críticos literarios, quién más. Son ellos los que deciden si entramos o no en la zona reservada. Son ellos los que nos abren las rejas, o las cierran en las narices. Su misérrimo poder inexorable. En Lima se dice, con justa razón, que basta que le des a un cretino el reducido poder de una llave para que se convierta en rey del Universo.”²⁴, es la reflexión que hace el escritor peruano Iván Thays acerca de la crítica literaria.

“Lo que actualmente practican los críticos es una religión de misterios sin evangelio y son iniciados que sólo entre sí pueden comunicarse o disputar.”²⁵ Sin embargo, la crítica es una labor necesaria. La buena crítica literaria debería estar al servicio del “conocimiento literario” en el sentido de la antigua filología. Para aclararle a los lectores, por ejemplo, que cuando en *Don Quijote* se habla de duelos y quebrantos no se refiere a las precarias condiciones de vida de los siglos XVI y XVII sino a “huevos con tocino”. La crítica no académica debería estar al servicio del mercado de libros para evitar que se engañe al lector y los autores se den a conocer.

El campo de la crítica literaria en Colombia se lo dividen, pues, los académicos, los periodistas, los escritores y otro tipo de comentaristas presentes en las revistas literarias y de opinión. Textos críticos hay. Se escriben diariamente reseñas en periódicos y revistas de toda índole en el país. Además se cuenta con revistas académicas sin indexar, indexadas y

sobreindexadas, por aquello del mito de la indexación, que publican sesudas investigaciones, donde juiciosos investigadores analizan teóricamente los textos, a veces con teorías bastante pasadas de moda en Estados Unidos y Europa, con nombres que escandalizarían a Alan Sokal, pero que se venden como novedad en algunas universidades colombianas. Esta es la crítica literaria más preocupante, la pseudoacadémica, que está más al servicio de la hoja de vida, el sueldo y la ignorancia general que del lector. No es raro encontrar ensayos, monografías y tesis con títulos donde abunda la intertextualidad, la metatextualidad, los hipercódigos, los metasememas, los actantes, los desembragues y toda una parafernalia de origen seudocientífico. No se ha perdido la colonizadora costumbre de importar modas teóricas y el mal hábito de aplicarlas. De otro lado, los críticos que se sostienen del discurso sobre las minorías son una minoría igual de aséptica y excluyente.

Párrafos como el siguiente, me han hecho perder la fe en leer a los críticos: “La intertextualidad consiste en unir algunos textos para conformar el otro sin destruir los pre-texto y sin que el subtexto se separe de un todo estructurado”.²⁶ Es razonable que un lector desprevenido, común y corriente, como usted y como yo, se asuste tratando de descubrir tamañas indecencias en las obras estudiadas y prefiera no leerlas. Pareciera que si no se usara esta terminología, el lector, el crítico o el académico se estuviera perdiendo de algo, se estuviera quedando atrás, rezagado, ese es el sentimiento que percibo, el afán que advierto tras el uso de las “técnicas de lectura”. Es creer que el pasto es más verde al otro lado de la montaña.

²² David LODGE. *El mundo es un pañuelo*. Barcelona: Anagrama, 1996.

²³ Ver David LODGE. *Intercambios*. Barcelona: Anagrama, 1985.

²⁴ Iván THAYS. “Andreas no duerme” en *Palabra en América*. Barcelona: Seix Barral, 2004, p.183.

²⁵ Ver FRYE, p. 29.

²⁶ Byeong SUN SONG. “El lenguaje del palimpsesto: juego de damas y la función intertextual” en GIRALDO, p. 80.

Borges siempre nos advirtió que fuéramos directamente a los libros, es de ellos de donde debemos aprender a leer. Estoy de acuerdo con William Ospina cuando afirma que “la crítica considerada como una aparato teórico o académico que permite a unos especialistas acceder a la verdad de una obra, a su sentido esencial, es inconcebible.”²⁷

Dentro de las leyendas que corren en los cafés, los pasillos universitarios y el chisme intelectual se critica la existencia de la crítica literaria. Sin embargo, en el campo de la crítica literaria las guerras no son abiertas sino frías, silenciosas. Así, si dividimos a la multitud de críticos en divulgadores, periodistas, escritores y académicos, se establece entre ellos una odiosa y curiosa jerarquía en la que se disimulan envidias y elogios. De esta forma todos estos lectores, con gustos literarios distintos, se ignoran y contradicen entre sí, y las posiciones oscilan entre la aceptación de la literatura de consumo y el consumo de una supuesta literatura de elite, aristocrática y artística que defienden algunos académicos afrancesados y románticamente modernos.

Hasta para los más avezados críticos literarios es difícil distinguir las cualidades y los defectos entre este fragmento:

La tarde lluviosa invitaba al recogimiento. La música ocupaba cada recoveco de la biblioteca, se derramaba en cada trozo de madera oscura y subía por la fila de libros apilados. Estar ahí, después de una larga jornada de trabajo, abandonada a la gravedad de su propio peso, estirando y moviendo perezosamente los dedos al compás de la música.²⁸

Pertenciente al libro *Amor divina locura* de Walter Riso, y este otro de la novela *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo:

Los hechos ocurrieron así: llegué una tarde cansado, derrumbado, derrotado, sin un carajo de ganas de vivir. Yo no resisto una ciudad con treinta y cinco mil taxis con el radio prendido. Aunque vaya a pie y no los tome, sé que ahí van con su carraca, pasando noticias de muertos que no son míos, de partidos de fútbol en los que nada me va.²⁹

Los lectores podemos diferenciar entre los comentarios, las reseñas, los ensayos, las monografías y las tesis. Basta visitar las páginas de internet y, como dice Martin Amis, “*todos* se han convertido en críticos literarios —o, cuando menos, en reseñadores de libros—. Le democratización ha traído consigo una ganancia inalienable: la igualdad de los sentimientos.”³⁰

La literatura es uno de esos campos venerables e intocables cuyos objetos también “se hallan protegidos por su legitimidad contra la mirada científica y contra el trabajo de desacralización que supone el estudio científico de objetos sagrados”³¹. De otro lado, la crítica literaria se caracteriza por la “producción intelectual” de una comunidad ocupada del fetichismo y la magia de los libros. Podríamos preguntarnos sobre las propiedades de las representaciones mágicas y responder que el poder son las creencias que entran en competencia dentro del campo literario. El discurso sobre lo literario, por tanto, no se aleja mucho de los discursos sobre la moda, el cine o la comida, donde las diferentes posiciones dependen más del gusto de los consumidores que de las propiedades específicas de los productos. Dice

²⁷ OSPINA, p.184.

²⁸ Walter RISO. *Amor, divina locura*. Bogotá: Norma, 2003, p. 68.

²⁹ Fernando VALLEJO. *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara, 1998, p. 36.

³⁰ AMIS, p.13.

³¹ BOURDIEU, p. 196.

Bourdieu que las mujeres que se visten con ropa usada responden a la alta costura como:

[...] los herejes contestan el monopolio sacerdotal de la lectura legítima. Si se comienza a contestar el monopolio sacerdotal de la lectura legítima, si cualquiera puede leer los evangelios o hacerse su ropa, es el campo el que se destruye. Por ello la revuelta siempre tiene límites. Las querellas entre los escritores siempre tiene como límite el respeto a la literatura.³²

Podemos afirmar, entonces, que la crítica literaria se produce en esas congregaciones religiosas llamadas departamentos de literatura y que pueden estar establecidas en Birmingham, Boston, New York, París, Medellín o Bogotá. Que sus miembros se dedican a consagrar, visible o invisiblemente, ciertos objetos llamados libros, mediante lecturas canónicas y legítimas o, por el contrario, a condenar componiendo comentarios ruinosos. Es lo propio del campo de la crítica literaria. Sin embargo, lo que hace que el sistema funcione es el “desconocimiento colectivo”³³. Para jugar el juego, siguiendo a Bourdieu, es imprescindible creer en la ideología de la creación literaria. De allí que toda crítica literaria que se desvíe del concertado “mutuo elogio” puede ser declarada como hereje o subversiva. Porque sin el pacto inconsciente establecido por todos los miembros “del sistema de producción de bienes sagrados”, estos no tendrían valor alguno.

Ser crítico literario, así como ser lector, es ser, por tanto, un creyente. Hay tres libros que puedo sugerir como ejemplos de crítica literaria en Colombia: el primero, la *Historia de la crítica en Colombia*³⁴ de David Jiménez, que

abarca los comienzos de la crítica en el país desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, es decir, un siglo de crítica literaria colombiana. El otro, *Escribir para respirar*³⁵ de Isaías Peña Gutiérrez, compuesto por una serie de ensayos y entrevistas dedicadas a la literatura latinoamericana escrita en su mayoría en la década de los setenta del siglo pasado. El último, la antología *Fin de siglo: narrativa colombiana*³⁶ de Luz Mary Giraldo que compila una serie de ensayos de reconocidos profesores en torno a la narrativa colombiana de la segunda mitad del siglo XX. Pero ¿qué tipo de crítico literario prefieren los estudiantes encuestados? El 49 por ciento afirmó preferir a los escritores como críticos y el 33 por ciento eligió a los críticos académicos.

¿Pero dónde está Northrop Frye? Yo dudo mucho de la necesidad del Curtius o del Northrop Frye colombianos. No nos merecimos, menos mal, a un Eliot ni a un Leavis y deberíamos estar agradecidos de no tener a un Harold Bloom o un George Steiner en nuestras huestes. Y la idea del gran crítico suena mesiánica y amenazante, como el sueño televisivo del gran hermano. Es tan dañina la crítica ciega y complaciente, como la crítica contraria que sólo quiere ver defectos en todo sin rescatar alguna que otra virtud, sea por ignorancia o sea por lo que sea. Quizás no todos los lectores deseen ser críticos, pero un buen montón de buenos críticos es preferible a la figura totémica de ‘El crítico’. Al igual que en la Inglaterra de los años setenta, recordando a Amis, la vida colombiana actual muestra que la crítica literaria es “una de las muchas fruslerías de la clase ociosa” sin las cuales nos las tendremos que arreglar³⁷.

³² BOURDIEU, pp. 203-4.

³³ BOURDIEU, p. 204.

³⁴ David JIMÉNEZ. *La historia de la crítica en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992.

³⁵ Isaías PEÑA GUTIÉRREZ. *Escribir para respirar. Latinoamérica: ensayos y entrevistas*. Bogotá: Opus Magna, 1998.

³⁶ Luz Mery GIRALDO. *Fin de siglo: narrativa colombiana*. Bogotá: CEJA, 1995.

³⁷ Martín AMIS. *La guerra contra el cliché*. Barcelona: Anagrama, 2003, p.13.